

Editorial

La Navidad es un suceso muy serio. Aunque parezca lo contrario. Aunque los niños no lo entiendan. Por eso algo suena a hueco, en diciembre, cuando las estrepitosas campañas mercantiles, con frivolidad, bagatela y colorines, deforman la religiosidad y alienan las costumbres del pueblo. La Navidad es un suceso muy serio.

La Tele, con fervor de neófito, se viste de inocencia y se constituye en púlpito de slogans candorosos y nosotros, gafos televidentes, nos morimos de regusto y de nostalgias con eso de que "el whisky viene de Escocia para felicitarnos las Pascuas" o aquel otro de un aceite que nos "desea alegría, fervor y hasta la paz celestial".

Tele, Radio, Discos, Juguetes, Turrone, Gaitas, Tarjetas y Lucecitas. Todos nos hablan tan sugestivo y tan fraternal que casi nos persuaden de que en Navidad no hay pobres, no hay niños sin arepa, hombres sin trabajo, madres abandonadas con su prole a cuestas, ni ranchos con rendijas, ni egoísmo en las empresas. ¡Qué crema! Pero aunque nos quieran pintar la Navidad de rosa, la mancha negra de la pobreza no quedará limpia, ni absueltos los culpables, por la salmodia repetida de un "merry Christmas" extranjero ni por la ternura de una canastilla de ropitas y juguetes de parte de los niños ricos para los niños pobres.

RESCATAR

Por eso, nuestra reflexión navideña es inquietante y perturbadora pero no amargada. Serenamente crítica. Incisiva pero con humor alegre. Porque a contrapelo de las piadosas apariencias convencionales, es evidente que en Navidad los marginados siguen siendo pobres, y los niños de los barrios se tienen que contentar con lanzar su papagayo al aire.

Hay que tener coraje para evitar la trampa, esa telaraña de nostalgias, sentimientos y alegrías huecas a las que nos aboca la religiosidad facilítona.

LA

Por el contrario, la Navidad cristiana según el relato evangélico, no es sentimental ni sensiblera. Ni siquiera la tradición religiosa con su folklore, con sus aguinaldos y pesetres ha podido opacar la dura realidad de un acontecimiento en el que si actúan ángeles, pastores y reyes oferentes, la protagonista es una familia marginada por un empadronamiento arbitrario, para la cual no había casa en el pueblo.

NAVIDAD

Y puesto que falsos cofrades, comerciantes, quieren llevar sobre sus hombros las andas de la Navidad y dirigir los festejos, habrá que armarse como D. Quijote, con la verdad y audacia del Evangelio, para rescatar la celebración navideña de las manos de esos litúrgos que embadurnan de confite y purpurina nuestra fe y trafican con un Niño al que olvidan en enero y resucitan después en diciembre.

¿Y entonces? Entonces una vez más nuestra pluma relegará este mes los temas político o económicos candentes para rescatar el mensaje navideño. Dejamos la voz endurecida del testigo y del profeta y adoptamos el tono humilde del que cree y confiesa públicamente que cada Navidad es la ocasión de enarbolar la reafirmación anual de la esperanza. La Iglesia, como el Niño, no caerá en la trampa de Herodes ni en la de los actuales mercaderes del templo, y seguirá siendo "Madre" de los sencillos, de los pobres, de los Panchitos Mandefuá "nacido de cualquiera con cualquiera en plena alcabala, chiquillo astroso a quien el Niño Dios invitó a cenar" según el cuento de Pocaterra.

La Navidad debe volver a ser misterio, silencio, oración y recuerdo porque es un suceso histórico con argumento cristiano aunque, ahora, "esos", quieran paganizarlo despojándolo de su carisma de cambio y subversión espiritual

Por eso es irritante comprobar cómo el comercio ha mutilado con alevosía y sacrilegio, el espíritu religioso de la Navidad. ¿De qué sirve predicar la liberación del hombre surgida del Nacimiento de Cristo, de qué sirve decirlo con unción y claridad si se oye más el retozo del whisky que coquetea entre los hielos de un vaso? ¿De qué sirve predicar la verdad del Evangelio, de un Niño que nace perseguido, si al mismo tiempo ves y oyes el relato maquillado en el comercial de un champú, de un licor, de una tarjeta postal, de un arbolito sin oxígeno y sin clorofila, o de unas lucécitas que guiñan el ojo?

Sólo quien aún crea que ese Niño es una prueba gratuita del amor de Dios al hombre. Sólo quien aún se atreve a orar ante El con fe. Sólo quien en la ingrata tarea de lo cotidiano, manifieste con obras que la Palabra se hizo Carne, evidencia y acto. Sólo la Iglesia, comunidad cristiana, es quien puede explicar el argumento. Y ella, y nosotros, y ustedes, Lectores de SIC, todos deseamos conservar la Navidad sin atentados ni impurezas.

Porque es grato y saludable recordar con nostalgia y alegría las Misas de Aguinaldo y la del Gallo. Y la "Hora Santa" o reflexión de final de año ¡Qué sabroso sabía después el beso! Las comidas familiares, todos, también la abuela. Paz, canciones, luz, alegría y confianza. Todo esto es bueno con tal que reafirmemos a la vez nuestra postura de fe y compromiso, la defensa de la estructura política más justa, vida austera, siembra de entusiasmo allí donde pongamos el pie, la mano y la pupila. Frente a la esclavitud del consumo y despilfarro, la libertad de una Navidad frugal.

Y así, al borde de un año que agoniza y otro que se acerca de puntillas, es la hora de huir hacia la periferia de las cosas y, a horcajadas de unos hechos y de unos proyectos, preguntarnos sinceramente: ¿para qué? Interrogación de búsqueda que nos impele a romper horizontes viejos y nos deporta hacia promesas de renovación. Porque no basta arrepentirse y purificarse. Hay que innovar, Hay que recrear y fertilizar la fe. ¿Cuándo mejor que en Navidad?

Vivir como si cada día comenzáramos de nuevo. Exclamar en Navidad, aquí estoy, así soy, dame la mano. ¡Qué bueno! Y un día, contra el viento y la marea de los mercaderes del templo, renaceremos, testarudos, para siempre. Ojalá.